

El fenómeno

no es tan raro...

A propósito del chusco pugilato caciquil que se viene observando, ya de tiempo, entre Lerroux y Pablo Iglesias, ambos a dos interesados en reunir en su única mano los resortes del obrerismo—quién sabe si para poder cotizar a más alto precio su influencia—ha vuelto a tratarse el tema de lo inverosímil del predominio que estos hombres han llegado a obtener sobre las clases trabajadoras.

¿No es clara y evidente como la luz del sol, su política de farsa y de madre personal? se dice: ¿cómo, pues, el pueblo no trata a esos falsos redentores tal como merecen ser tratados?

Nos permitimos opinar que el caso del referido predominio de Lerroux o de Pablo Iglesias no es tan extraño ni tan inverosímil como, a primera vista pudiera parecer.

Desde luego y en política, un hombre solo no lo es todo. Cada uno de estos conductores de masas ha necesitado la colaboración de periodistas y sujetos de propaganda, en número y calidad proporcional para poder extender sobre el pueblo una ancha red, que lo tenga continuamente sujeto, sin peligro de reacciones ni de rebeldías que pudieran darse al traste con el tinglado.

Bien; pero ¿cómo se explica que estos hombres burgueses hasta la médula de sus huesos, hayan podido conciliar su ambición con el aparato de redención social; no precisamente ante los pequeños, sino ante aquellos periodistas, semi intelectuales y sujetos bastante listo para ver que a donde realmente se va es a vivir?

Pues, sencillamente; porque estos elementos subalternos son tanto o más ambiciosos que el jefe, y como al acoplarse a su lado con aire de fervidos apóstoles de la idea, no miraron sino que se cobijaban a la sombra de quien con sus artimañas y audacia, podía conducirlos al logro de sus

finés personales; de aquí que tengan siempre el mismo o mayor interés que el amo en mantener la farsa y el engaño.

Y de estos elementos intermedios entre los prohombres y el pueblo creemos que proviene la mayor parte de la influencia funesta que sobre el pueblo ejercen los prohombres.

En una palabra: la ambición no se desacredita porque son muchos los ambiciosos interesados en que perduren sus créditos y sus frutos.

PLINIO

Los pícaros curas

De cuántas calamidades padecen las sociedades, fiebres, hambres, carestías, terremotos, pulmonías, torpedos y vaciedades, rebeliones y conjuras, tienen la culpa los curas.

Y los curas por aquí y los curas por allá y los curas son así y los curas son así; pero me parece a mí que de tales desventuras no tienen culpa los curas.

Y me parece también, porque mis ojos lo ven que el cura tan combatido cuando de estorbo ha servido a ningún hombre de bien. Quien tiene intenciones puras no dice mal de los curas.

Las experiencias constantes de los talentos brillantes prueban que los sacerdotes son estorbo de los zotes y estorbo de los tunantes en sus empresas oscuras. Eso sí lo hacen los curas.

¿Se juntan cuatro chiquillos, idiotas como ladrillos, y, con valor temerario, hilvanan un semanario echándose de pillos pero con sandeces puras? Pues los azotan los curas.

¿Hácese predicaciones en que salen borbotones de insultos y de herejías y engaños y tonterías que convierten en melones a las cabezas más duras? Pues las combaten los curas.

¿Se escriben horribles prosas en hojas pecaminosas, contra un santo sacramento pidiendo que en un momento se convierten las esposas

en concubinas impuras? Las pulverizan los curas.

¿Se entregan las juventudes al odio de las virtudes y conciencia problemática y sin pizca de gramática dicen a las multitudes disparates e imposturas? Tienen en contra a los curas.

¿Se mira con gesto adusto y se niega aplauso justo a todo arte prestigioso y en el cine ignominioso se asfixia y muere el buen gusto entre microbios y a oscuras? Pues lo maldicen los curas.

¿La religión despreciando y su moral olvidando como en un delirio horrendo nos vamos embruteciendo en vez de ir adelantando camino de las alturas? Dan voz de alarma los curas.

Y los curas por aquí y los curas por allá y los curas son así y los curas son así; pero me parece a mí que las más grandes figuras de este siglo son los curas.

JUAN ITO

Se vende

papel viejo de periódicos, en esta imprenta.

Plaza de los Tres Reyes, 2

¡Honor al Sacerdote católico!

Un pastor protestante se aventura a recorrer las avanzadas inglesas y tropieza con un herido.

—Padre, ¿es usted católico romano? Pregunta el herido.

—No, contesta el pastor. ¿Por qué lo preguntan?

—Porque hasta aquí no llegan más que los sacerdotes católicos.

Esta anécdota referida por el mismo ministro protestante, es un canto sublime al espíritu de sacrificio, a la abnegación sin límites del Presbítero católico, único sacerdote de Cristo a quien consagra todos los días sobre el ara Santa del Sacrificio.

Jamás podrán las parodias heréticas, con sus ramados de la Santa misa, tener la eficacia santa que sobre el sacerdote católico ejerce la Víctima Divina que en sus manos se inmola; y como Vida que es, le comunica el único y verdadero espíritu cristiano.

Allí en el altar católico, desaparece el hombre para dar lugar al Ministro del Altísimo, y la sangre de Cristo que inunda el co-

razón del sacrificador, comunica a éste la actividad de la gracia, y convierte en héroes y santos a los únicos pastores del rebaño de Cristo Jesús.

El Cristo de la Eucaristía es el verdadero Cristo, y los sacerdotes que se nutren con su carne y con su sangre son los únicos sacerdotes.

Cada día y en cada momento resplandece más la sabiduría de la Iglesia, que colocando a sus sacerdotes en determinada situación social, les facilita mejor los medios para que sin temer a las ligaduras de la carne y de la sangre se entreguen con todas sus potencias al cumplimiento de todos sus deberes.

Ellos son los que se acercan al lecho del moribundo, los que consuelan a los afligidos, los que dan su vida en aras de la caridad.

Entre el silbido de las balas y el tronar de los cañones, nada temen, y arrostran todos los peligros sin estar poseídos por la locura furiosa del combatiente, sino por la llama viva de la caridad que los conduce a prodigar las gracias sacramentales a los que víctimas de la insania humana están próximos a abandonar la tierra para comparecer ante Dios.

Por esto terminaremos con el pastor protestante aludido.

—Ellos (los sacerdotes católicos) nos aventajan en el sacerdocio.

Esta confesión de un protestante de buena fe, podía servir para ofrecérsela a esos católicos independientes que dicen creer en la Religión, pero no en los curas, queriendo tal vez que nuestro Señor hubiese enviado ángeles para administrarnos los Divinos Sacramentos.

¡Ay de no otros, entonces!
¡Honor al Sacerdote Católico!

¡José Guzmán!

Páginas sueltas

RECUERDOS DE

UN VIAJE EN GLOBO

Era el día 28 de octubre de 1898.

Un día alegre, tibio con un